





00

## PRÓLOGO

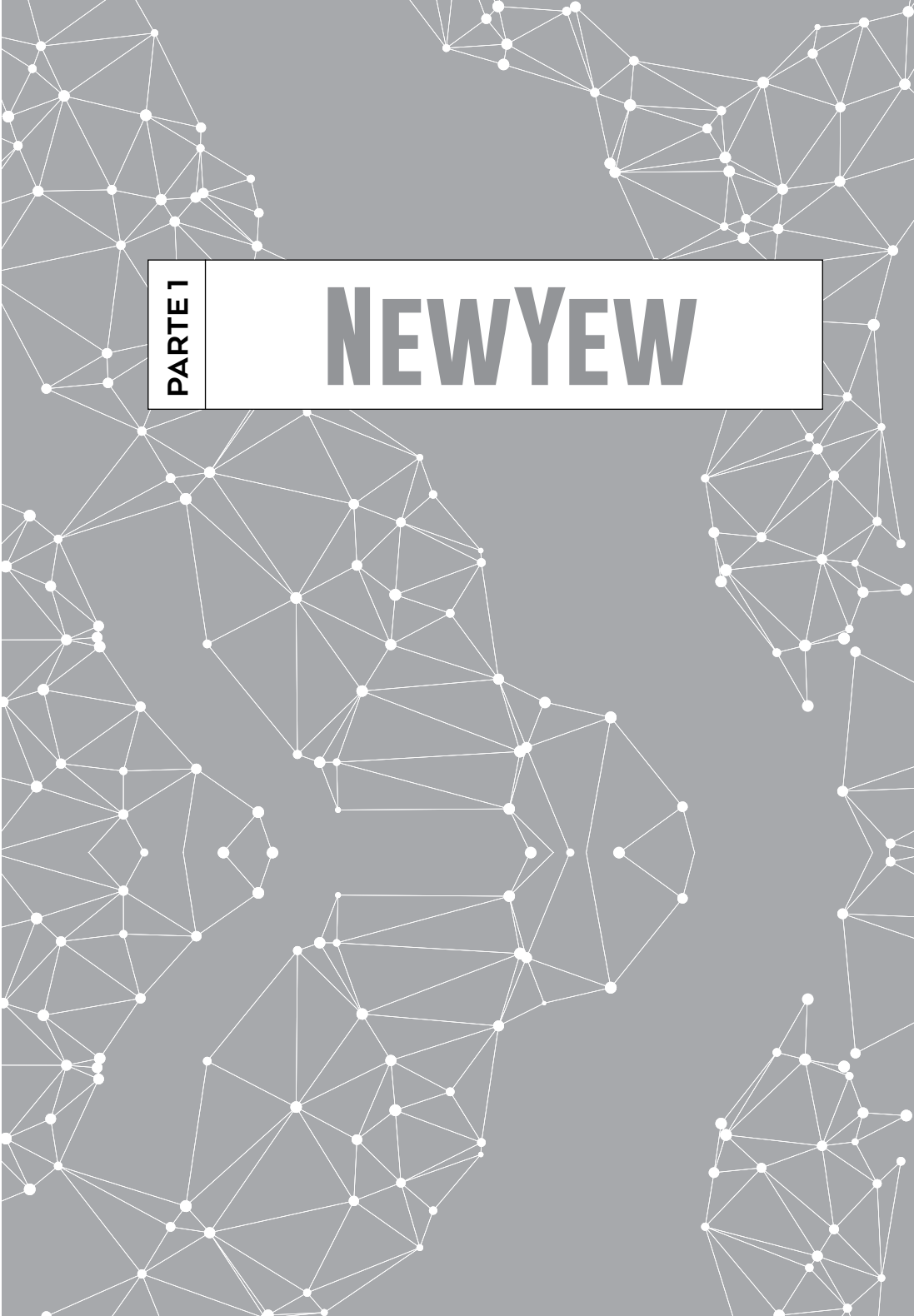
A principios del siglo **xix**, una neurotoxina muy poderosa fue identificada en la carne podrida, ganándose el nombre de *toxina botulínica*, o el “veneno de la salchicha”. Conocida hoy como botulismo, destruye la habilidad del sistema nervioso para comunicarse con los músculos, lo que lleva a que todos los tejidos blandos queden completamente inmóviles, incluidos el corazón y los pulmones. Unos míseros noventa nanogramos pueden matar a un adulto de noventa kilos en cuestión de minutos. Es la sustancia más tóxica conocida por el hombre. En 2014, casi cinco millones de clientes fanáticos de la belleza se lo inyectaron de forma voluntaria en sus rostros.

La gente no suele estar satisfecha con su apariencia. Más de dos tercios de las mujeres en los Estados Unidos están en estos momentos intentando perder peso; y más de la mitad de las adolescentes estadounidenses

sufren de desórdenes alimenticios, y hay síntomas que comienzan a verse tan temprano como en la etapa del kínder. Los productos de belleza y las cirugías plásticas llegan a producir 426 mil millones de dólares en ventas anuales globales y ese índice aumenta a razón de casi el cien por ciento cada año: los hombres se implantan cabello en ciertas áreas de su cuerpo y se lo quitan con láser en otras; algunas mujeres se agrandan los senos, mientras que otras se los reducen; la grasa del abdomen se quita, se inyecta colágeno en labios y párpados; y las arrugas se cubren y se tapan y se estiran y se intoxican.

En una cultura en la que podemos ser lo que queramos ser, solo una cosa es segura:

Nadie quiere ser uno mismo.



**PARTE 1**

# **NEWYEW**



01

**Jueves, 22 de marzo**

**9:01 A.M.**

OFICINAS DE NEWYEW

**267 DÍAS PARA EL FIN DEL MUNDO**

—El tejo es un árbol majestuoso —comenzó Carl Montgomery. Le costaba hablar, jadeaba al hacerlo y pausaba para respirar lenta y profundamente con la ayuda de su tanque de oxígeno—. E Yggdrasil es un tejo, el árbol que sostiene al mundo.

Estaban todos reunidos en un opulento salón de conferencias: Carl, el CEO de NewYew, Inc., y los demás miembros de su comité ejecutivo. Lyle Fontanelle, el director científico de la compañía, siempre se sorprendía ante el lujo ostentoso en esa área del edificio. Las oficinas habían sido construidas y amuebladas en los primeros días de la compañía, cuando el negocio estaba en pleno esplendor y no se paraba de producir ni de facturar. Carl solía decir que las personas “morían por darles su dinero”. Y eso era técnicamente cierto: el único producto de la compañía en aquel entonces había sido el paclitaxel, un fármaco utilizado en la

quimioterapia, y sus clientes eran todos pacientes oncológicos. Aquello fue antes de que Lyle entrase a trabajar, pero Carl siempre le había confiado que el secreto de su éxito había sido la habilidad de tratar el cáncer sin curarlo.

–Véndeles la cura para algo –solía decir– y habrás destruido tu negocio, pero véndeles un tratamiento y te habrás ganado a un cliente de por vida –dado que las vidas de sus clientes dependían bastante del tratamiento que él les vendía, la filosofía de Carl había resultado excepcionalmente acertada.

Lyle solía repetirse a sí mismo que él no habría trabajado para NewYew en aquellos días, que él jamás comprometería sus principios, aunque pusieran frente a sus ojos todo el dinero del mundo. Él no era un mercenario. Era un científico.

La fortuna de NewYew había cambiado en la década de los 90, cuando los científicos desarrollaron una manera de sintetizar el paclitaxel sin la necesidad de extraerlo del árbol: el tejo del Pacífico. Un proceso de obtención más sencillo e ilimitado significaba que más compañías iban a poder fabricar el paclitaxel; y más fabricantes significaba mayor oferta y precios más bajos, y todo aquello significaba que más y más pacientes tendrían acceso a la medicación. Los pacientes estaban felices. Los médicos estaban felices. Hasta los ambientalistas estaban felices, porque el tejo del Pacífico ya no corría peligro de extinción.

El que no estaba feliz con el asunto era Carl Montgomery.

Sin un monopolio que la sostuviera, NewYew sufrió un golpe financiero enorme y se vio obligada a reconstruirse a sí misma. Tenían el equipamiento y la infraestructura para fabricar químicos de consumo masivo, así que lo único que tuvieron que hacer fue readaptar sus productos para pasar de la quimioterapia al área de la cosmética. Fue allí

cuando reclutaron a Lyle, un prometedor químico de Avon. La única diferencia real en la empresa, o al menos hasta donde Carl sabía, era que ahora los retratos en el vestíbulo de su empresa eran supermodelos en lugar de pequeños niños calvos. Al menos, las oficinas ahora lucían más bellas que antes. Eso era algo.

Como ha sucedido siempre con la mayoría de las evoluciones, esta había producido ciertos apéndices residuales: remanentes de la vieja compañía que ya no aplicaban, como el nombre mismo de la empresa, un juego de palabras entre “Yew”, tejo y “New You” y el eslogan “El poder curativo del tejo TM”. Incluso Carl fue más lejos e insistió con que el tejo del Pacífico debía seguir siendo incluido en las fórmulas de sus cosméticos, aunque los ejecutivos se le pusieron en contra cada vez. En la mañana del 22 de marzo, Lyle Fontanelle revoleó los ojos y se preparó para otra discusión al respecto.

–Yggdrasil era una montaña de cenizas eternas –dijo Lyle–. Lo busqué.

–Y no podemos usar las propiedades del tejo en una loción para manos –dijo el abogado de la empresa, un hombre llamado Sunny Fryre. Su nombre real era Sun-He, y era coreano; Lyle había trabajado en el campo de la cosmética por tanto tiempo que era capaz de ubicar el origen de un rostro con una precisión extraordinaria. Sunny retomó su explicación armado de paciencia–. El tejo no tiene ningún tipo de propiedades humectantes ni antienvjecimiento. Ya lo hemos hablado. No le suma absolutamente nada al producto.

–Entonces úsenlo, pero no abusen –sugirió Carl, prácticamente inmóvil en su silla. Era una silla de oficina tapizada con cuero negro, que combinaba maravillosamente con la caoba de la mesa de conferencias. Carl raramente se movía de allí... A decir verdad, Carl raramente se movía, y punto. Tenía setenta y nueve años y ya se había pasado de la edad

para jubilarse hacía tiempo. Lyle tenía la sensación de que ni siquiera le importaba presidir la compañía. Por otro lado, Lyle debía admitir que la alternativa a aquel viejo seguramente fuese peor: el siguiente en línea de sucesión para la posición de CEO era el presidente de la compañía, Jeffrey Montgomery. Él era el hijo de Carl, y era obstinadamente inútil. Carl no se movió de su posición en su silla—. No necesitamos usar mucho, solo lo suficiente como para poder incluirlo en la etiqueta.

Todos los ejecutivos en la sala bufaron tan educadamente como pudieron. Había cuatro de ellos presentes, sin contar a Jeffrey, que jugaba entretenido con su teléfono en un rincón. Ellos eran la vicepresidenta de Finanzas, el vicepresidente de Marketing, el jefe del departamento de Legales y, por supuesto, el jefe Científico. Lyle aún soñaba con el día que pudiera modificar sus tarjetas personales para que dijeran “Jefe Científico Oficial”; ya hacía más de diez años que tenía el puesto y aún no había tenido las agallas para encargarlas. No estaba seguro de qué pudiera ser más aterrador, si ser burlado por la referencia a *Viaje a las estrellas* o darse cuenta de que claramente a nadie le importaba lo que dijera su tarjeta.

Carl se desmoronó hacia adelante, levantando débil la mano arrugada para dar énfasis.

—El tejo es un árbol glorioso, y nuestros clientes lo asocian con la buena salud. Lo usamos para tratar el cáncer durante treinta y cinco años, ¿por qué no sacarle provecho ahora?

—Sería un movimiento de marketing brillante —dijo Kerry White, entusiasta. Había sido contratado como vicepresidente de Marketing hacía solo unos meses, así que este tipo de conversación era relativamente nueva para él—. Piensen en los comerciales —siguió—. “La compañía que salvó su vida ahora también salvará su piel”.



–Hicimos esa campaña hace cuatro años –dijo la vicepresidenta de Finanzas, una mujer delgadísima llamada Cynthia Mummer–. Y no funcionó.

–No funcionó –dijo Carl– porque no aclaramos que había tejo en los productos.

–Muy bien –dijo Lyle–, ¿podríamos...? –quería hacer alarde de su última idea, y había estado buscando el momento justo para hacerlo–. ¿Podemos hacer un juego de palabras?

–¿Un juego de palabras? –preguntó Kerry–. ¿Es lo único que se te ocurre?

–Toda nuestra compañía ya es un juego de palabras –dijo Cynthia.

–Pero me refiero a un juego de palabras con lo que Carl acaba de decir –aclaró Lyle–. Con eso de incluir la palabra *tejo* en los productos... Decir algo como “Verte joven” en el envase. “Ver-*TE JO*-ven”.

–Creo que ya sabemos lo que es un juego de palabras –respondió Cynthia.

–Déjenlo explayarse –dijo Sunny. Lyle se sentía agradecido e indignado al mismo tiempo: siempre necesitaba el apoyo de Sunny en este tipo de reuniones, pero odiaba que fuera así. ¿Por qué no podía defenderse solo?

–He estado investigando algunas tecnologías biomiméticas –dijo Lyle– y tengo algo que me gustaría...

–¿Qué es biomimética? –preguntó Kerry.

–La biomimesis –dijo Lyle–. Es una especie de producto inteligente que puede adaptarse para imitar o coincidir con tu propio cuerpo.

–Tenemos lípidos biomiméticos en nuestra línea de cuidado para la piel para adolescentes. Es uno de los productos que más se vende –asintió Cynthia.

–Ah, sí –siguió Kerry–, mi esposa ama esa loción.

–¿Tu esposa usa una loción para adolescentes? –preguntó Cynthia.

–Dices que has estado investigando la biomimética –retomó Carl, aunque no se lo veía muy entusiasmado con la idea–. ¿Y qué conseguiste? No te pagamos para que te sientes sobre tu trasero todo el día... Para eso tenemos a Jeffrey. A ti te pagamos para que investigues y desarrolles nuevos productos. Entonces, dime, ¿has desarrollado algo nuevo?

–De hecho, sí tengo algo que me gustaría mostrarles –dijo Lyle, al tiempo que levantaba su maletín y lo colocaba sobre la mesa–. Es la crema para quemaduras de la que ya hemos hablado. Debo decir que podría funcionar muy bien como loción antiedad. Aún no está lista para la venta al público, pero los resultados que hemos obtenido hasta ahora son bastante prometedores y creo que sería inteligente de nuestra parte invertir una porción mayor del presupuesto en un seguimiento de esta fórmula.

–¿Para qué necesitamos una crema para quemaduras? –preguntó Cynthia fríamente. Como la jefa del departamento de Finanzas, solía tener la palabra más fuerte cuando se trataba de qué o cuál producto recibiría más o menos financiación. Lyle tragó saliva nervioso, y abrió su maletín.

–No es una crema para quemaduras cien por ciento –dijo Lyle, y sacó del maletín una carpeta y una pila de fotos–. Esta tecnología proviene de una crema para quemaduras, de una investigación clínica publicada unos años atrás. Pero, como dije, creo que tenemos muy buenas opciones de poder introducirla en el área de cosmética, en cremas antiedad más que nada. El componente clave es el plásmido.

–¡Ah! –gritó Jeffrey–. ¡Como en un televisor plasma!

–No –dijo Lyle–, como en la bacteria...

—¿Piensas colocar bacterias en una loción para manos? —preguntó Kerry—. Sé que no existe la mala publicidad, pero eso sería como acercarse a ese límite.

—No es una bacteria —dijo Lyle, mientras buscaba algo en la carpeta—. Los plásmidos vienen de la bacteria, pero luego se los separa y se los vende por separado —encontró una página fotocopiada en la carpeta y la levantó para mostrarles dos imágenes en blanco y negro de lo que podría o no haber sido piel—. Esto es de una prueba en la Universidad de Boston, donde se utilizaron plásmidos para reconstruir piel quemada... Ingresan en las células y aceleran la producción de colágeno, y la piel sana más rápido y mejor.

—Espera —dijo Kerry, entusiasmado—, esto es como una inyección de colágeno... ¿pero en una loción? Eso sí que podría venderse muy bien.

—Entonces, ¿por qué estás trabajando en una loción en lugar de hacerlo en un lápiz labial, por ejemplo? —preguntó Carl—. ¿Podríamos hacerlo con un lápiz labial?

—La mayoría de los labiales solo hacen que los labios *parezcan* más gruesos —dijo Kerry—. Este los *haría* más gruesos. Estoy comenzando a verlo...

—Esperen —dijo Lyle—. No es... No funcionaría así. Es decir, no estamos hablando de una mágica cirugía plástica de labios ni nada por el estilo.

—¿Y de qué estamos hablando? —preguntó Sunny.

—No agranda nada —explicó Lyle—, pero tiene el potencial para convertirse en un reductor de arrugas bastante sorprendente.

—Nuestra línea de antiarrugas es enorme —dijo Cynthia—. Los hijos de los *baby boomers* ya son adultos envejecientes. Podríamos hacer muchísimas cosas con un nuevo reductor de arrugas.

–Es un sistema muy interesante –dijo Lyle, complacido de tener algo de atención positiva–. Nuestra piel está compuesta principalmente de colágeno, y otras proteínas también. A medida que envejecemos, la piel deja de producir tantas cantidades de ese colágeno, y es por eso que se vuelve marchita. Los plásmidos ayudan a sanar una quemadura porque producen colágeno. Mejor dicho, engañan a las células para que produzcan más cantidad. Si lo aplicas en una piel sana, creará colágeno extra y rellenará bolsas y arrugas. Esperen, creo que tengo algunas fotos de nuestras pruebas por aquí –buscó en la carpeta–. Los productos anti-iedad en el mercado, desde el botox hasta cualquier tipo de maquillaje y todo lo demás, solo cubren el problema. Pero una loción que estimula directamente las células de la piel para que produzcan más colágeno en verdad resolvería el problema. No solo escondería las arrugas, sino que revertiría la situación y las eliminaría por completo.

–¡“Rejuvelágeno”! –gritó Kerry–. “El primer producto para la piel que revierte el proceso de envejecimiento. ¡Exclusivo de NewYew!”.

–No está mal –dijo Carl, señalando a Kerry.

–Gracias –dijo Lyle confundido. Encontró la foto y la colocó sobre la mesa–. Este es uno de nuestros sujetos. Estábamos estudiando las propiedades curativas en una pequeña abrasión sobre su mejilla, pero pueden ver que todo su rostro terminó viéndose mucho mejor.

–Espera –dijo Sunny–. Dijiste que se mete en las células, ¿cierto? ¿A qué te refieres con eso exactamente?

–Bueno, es un plásmido –comenzó Lyle–, por lo que...

Carl lo interrumpió.

–No me importa cómo funciona. Me importa si podemos protegerlo, económica y legalmente hablando. Dices que esto viene de un estudio en una universidad... ¿La investigación es de dominio público?

–El estudio universitario fue una prueba académica de concepto –dijo Lyle–. La tecnología es completamente pública, y los plásmidos son bastante comunes. Estos los conseguí en la estantería de una tienda de suministros químicos.

–¿Cuán invasivo es? –preguntó Sunny–. Si esto se mete directamente con las células, probablemente tengamos que lograr la aprobación de la FDA primero, y eso llevaría años. Si crees que en verdad podemos usar esto, una porción del presupuesto tendría que destinarse a eso directamente.

–La FDA jamás lo aprobará –dijo Cynthia con expresión seria, tomando en sus manos la página fotocopiada y señalando el texto algo borroso–. Lyle olvidó mencionar que esto es terapia de genes.

–¿Terapia de genes? –preguntó Carl. Sunny se rio.

–La FDA jamás ha aprobado la terapia de genes en un producto de venta al público, Lyle. ¿Por qué no lo dijiste desde el comienzo?

–Dije que eran plásmidos –dijo Lyle, mirando a todos en la sala–. ¿De qué más iba a estar hablando?

–Nadie aquí sabe qué son los plásmidos –dijo Kerry.

–Se los dije –advirtió Jeffrey–. Vienen en los televisores.

–Un plásmido es un círculo de ADN –dijo Lyle, ignorándolo–. Son una manera muy, muy pequeña pero eficiente de transcribir información genética. El que yo estoy usando se aferra al ADN para dar lugar a la creación del HSP47, que es una proteína de choque térmico...

–Esto es ingeniería genética –dijo Sunny, sacudiendo la cabeza–. No hay manera de que la FDA se digne siquiera a leer sobre esto.

–No es una tecnología tan extraña en realidad –se apuró a decir Lyle en su defensa–. Ya se los dije, estos se los compré a un proveedor de un laboratorio. Están en todos lados.

–En todos lados en los laboratorios –dijo Sunny–, no en los productos de venta al público. Hay una enorme diferencia.

–Déjame ver los resultados de tus pruebas –le pidió Cynthia mientras observaba las fotografías. Lyle deslizó su carpeta sobre la mesa, pero Sunny ya negaba con la cabeza.

–Las pruebas no importan –dijo Sunny–. Podría ser el producto antiedad más efectivo del mundo, y aun así no podríamos venderlo.

–Es que lo es –dijo Cynthia, levantando la mirada luego de haberle echado un vistazo a la carpeta. Sonreía, pero Lyle pensó que se veía sorprendentemente depredadora–. Es el producto antiedad más efectivo del mundo. Miren estas anotaciones en el margen. “Un 76 % de reducción en arrugas profundas. Desaparición completa de líneas finas. Resultados completos en dos semanas; resultados visibles en cuestión de días” –miró a Carl–. Esto es una mina de oro.

–Una mina de oro que no podemos tocar –insistió Sunny–. Al menos no sin otros diez años para que la FDA realice sus testeos. Lo digo en serio, Lyle, ni siquiera deberíamos haber estado haciendo estos testeos sin una buena cobertura legal.

–Todos los sujetos firmaron los formularios de consentimiento –dijo Lyle–, y yo te los había pasado todos a ti.

–¡Pero jamás me dijiste que eran para ingeniería genética! –se defendió Sunny–. ¿Qué pasará si algo sale mal?

–Cálmense –dijo Carl inclinándose adelante. Los demás lo miraron. Carl se inclinaba hacia adelante solo para decir algo importante–. Si la loción es tan buena, ¿cuáles son nuestras opciones?

–¿Con terapia de genes? –preguntó Sunny–. Ninguna. Esperar diez años hasta que nos llegue la aprobación de FDA, o reformularlo todo y volver a intentarlo.

–¿Cuán de cerca has visto esta foto? –dijo Cynthia, y la colocó en la mesa. Todos se echaron hacia adelante para examinarla.

–Bonita –dijo Kerry–. ¿Es un producto para adolescentes?

–Esa es una mujer de cuarenta y tres años –respondió Cynthia– luego de solo tres semanas de tratamiento. Con un rostro como ese, podrían acusarla de pedófila más adelante.

Todos hicieron silencio. Carl miraba fijo la foto.

–Lyle –dijo con lentitud–, ¿estos son resultados típicos?

Lyle no pudo evitar la sonrisa.

–La mujer en esa foto ya tenía un rostro juvenil al comienzo. En este caso en particular, hay mucho más que solo nuestra loción... Pero sí, en general, ese nivel de reducción de arrugas es típico de nuestros casos de testeo. Muchas de las personas que participaron me llamaron para preguntarme si podíamos darles más. Este producto tiene el potencial para ser el mejor producto en ventas de nuestra historia... desde paclitaxel. Lo digo en serio. Todos van a quererlo.

Carl fijó la mirada en la mesa y frunció el ceño mientras pensaba. Luego, habló sin siquiera levantar la mirada.

–Sunny, tú nos encontrarás una manera de vender esto.

–Pero...

–Si lo haces –dijo Carl–, yo mismo te compraré una isla en el Mar Caribe solo para ti, y lo haré con el cambio que este producto vaya a poner debajo de los cojines de mi sofá.

–*Podría* ser grande –dijo Sunny pausadamente–, pero solo si hay una manera de hacer que funcione legalmente.

–Tú encontrarás esa manera –Carl miró a Kerry–. Quiero un nombre. Quiero comerciales. Quiero diseños de botellas. Quiero todo.

–Absolutamente –respondió Kerry.

–Y tú –dijo Carl señalando con su dedo amarillento a Lyle–. Quiero esto en proceso de producción para la semana que viene.

–Eso es imposible.

–No un lote completo –siguió Carl–, ni siquiera tendremos los envases listos. Pero quiero muestreos. Llama a Jerry en la planta y arregla todo con él.

–Tengo otro testeo programado para la semana próxima, pero... Sí, es probable que pueda hacerlo. Dos semanas sería mejor.

Cynthia levantó una ceja.

–Lo has probado todo. Desde prueba con tornasol hasta ratas y piel humana. ¿Qué más necesitas?

–Sigo refinando la fórmula –dijo Lyle–. La mujer en la foto corresponde al lote 14E, y el más nuevo es el 14G. El testeo ya está programado y ya pasó por Recursos Humanos: hombres adultos, de dieciocho a cuarenta y cinco años.

–Cuidado para la piel para hombres será la nueva moda –dijo Kerry.

–Nada es tan grande como esto –dijo Carl–. Haz tus testeos, Lyle. Quiero que nos aseguremos de que este producto funciona para todos los géneros, todas las edades, todas las razas, todos los todos. Si tiene piel, será un cliente –entrelazó sus débiles manos y observó fijamente a los ejecutivos–. Una loción que hace tu piel literalmente más joven... y que es así de eficiente... tiene el potencial para ser la revelación en cosmética más grande de la historia desde los implantes de senos, y con un atractivo mucho más amplio. Quiero una botella de esta loción en las manos de cada hombre, mujer y niño en el país... Quiero que las mujeres se bañen en él y quiero que las colegialas se sientan viejas si no lo usan. ¿Estoy siendo claro? –Todos asintieron.

–Muy bien –sentenció Carl–. Hora de cambiar el mundo.





**02**

**Lunes, 26 de marzo**

**2:04 P.M.**

OFICINA DE LYLE, OFICINAS DE NEWYEW, MANHATTAN

**263 DÍAS PARA EL FIN DEL MUNDO**

–Esto es ridículo –dijo Susan.

Susan era una estudiante de la Universidad de Nueva York que trabajaba con Lyle como su asistente de investigación para ayudarse a pagar los estudios. Era una excelente química, una trabajadora incansable, y por lo menos una década demasiado joven para Lyle, quien consecuentemente obviaba mirarla la mayor parte del tiempo, o hablarle o acercársele. Pensar en ella, sin embargo, le ocupaba gran parte de su energía mental.

Lyle dejó los ojos clavados en la computadora.

–¿Qué?

–Hubo un terremoto en Mombasa –dijo Susan, clavando el dedo índice en la pantalla de su computadora–. Hace diez horas. Levantó la ciudad por completo. Se quedaron sin casas y sin comida. No tienen nada.

–Qué horror –murmuró Lyle, sin prestar atención realmente. Susan era una ferviente activista de casi todas las causas que se cruzaban en su camino, y él no tenía la energía para estar al corriente de todas ellas. Sus dedos golpeaban el teclado, completando su más reciente informe con los detalles finales. Sunny aún estaba intentando encontrar algún vacío legal que les permitiera hacer esta loción antiedad sin ningún tipo de inconvenientes, y necesitaba todos los detalles que Lyle pudiera proporcionarle.

–Eso es porque somos racistas –dijo Susan.

–Espera un momento –dijo Lyle, girando para mirarla: tenía el cabello largo y rubio, con reflejos naturales. Lyle se había pasado suficiente tiempo trabajando en tintes para el cabello para reconocer unos reflejos naturales cuando los veía. Intentó no pensar en Susan como la modelo en una caja de tintes–. ¿Dices que el terremoto sucedió porque nosotros somos racistas?

–Estados Unidos no los ha ayudado aún y es porque somos racistas.

–Solo han pasado diez horas.

–Podemos llegar allí en diez horas.

–Entonces tal vez solo seamos lentos –dijo Lyle–. No es lo mismo que ser racistas.

–Somos rápidos cuando queremos –siguió Susan–, pero Kenia no es un gran socio comercial, así que al diablo con ellos... ¿No crees? Les arrojaremos uno que otro voluntario y algunas botellas de agua mineral en algún avión de carga, pero reservaremos lo realmente bueno para la próxima vez que Japón sea azotado por un tsunami. Solo ayudamos cuando nos ayudan a nosotros, o cuando ayudar ayuda a nuestra imagen –miró fijo a Lyle y levantó un solo dedo para marcar el énfasis–. Pero, en realidad, la imagen termina no significando nada.

–Te das cuenta de que tú trabajas para una compañía de cosméticos... ¿Cierto?

–Puedes cambiar la apariencia de las personas, pero jamás podrás cambiar quiénes son por dentro en verdad.

–Yo... –Lyle miró su rostro, identificando casi inconscientemente el tono de su labial: rosa ciruela. Perdió el hilo de su pensamiento, así que optó por mirar el reloj–. Son las 2:08 –dijo rápidamente–. Necesitamos prepararnos para la prueba.

–¿14G? –preguntó Susan, olvidando su diatriba casi tan rápido como la había iniciado. Hizo rodar su silla hasta alcanzar el escritorio de Lyle y miró su pantalla–. ¿Qué hay de nuevo en este lote?

Lyle estaba sumamente al tanto de la proximidad de las rodillas de Susan a las suyas.

–Algunos detalles bastante interesantes, por cierto –levantó la mirada y le dio lo que esperó que fuese una sonrisa galante–. He agregado un retrovirus para ayudar a regular el proceso.

–¿En serio? –Susan se inclinó aún más para poder observar lo que estaba en pantalla. Lyle apretó los labios y pensó en cosas planas: muros, puertas, mesas. Tragó saliva y deslizó su propia silla unos cuantos centímetros hacia atrás–. Creí que la fórmula era bacteriana.

–Los plásmidos son bacterianos –dijo Lyle–. En ellos se encuentra el ADN. El retrovirus es el medio para extraer el ADN de los plásmidos y colocarlo dentro de la célula hospedadora –hubiera querido decir más, quería impresionar a Susan, pero esta era justamente la parte de la que no sabía demasiado. Él era químico, no genetista. Pensó por un instante, y luego repitió lo que había leído en aquel folleto de uno de los proveedores del laboratorio–. Se recurre a lo que se conoce como transcriptasa inversa, un proceso en el cual se “desarma” una cadena de

ADN, se inserta el fragmento de ADN almacenado en el plásmido, y luego la cadena vuelve a cerrarse. Proviene del mismo organismo, por lo tanto, han sido programados para... –evitó mirarla a los ojos–. Para encajar... –estuvo a punto de graficarlo con un gesto de las manos, pero se sonrojó y decidió dejar las manos en su lugar.

–Qué divertido –dijo Susan, acercándose incluso más a la pantalla. Le interesaba la Química casi tanto como le interesaba la justicia social–. Esto es... Bueno, esto es realmente revolucionario.

Lyle se sonrojó aún más y fingió estar demasiado ocupado con unos papeles.

–Bueno, es en verdad interesante y tenemos grandes expectativas. Es decir, Carl dijo que cambiará el mundo, pero qué sabe él, ¿no? –Lyle estaba que estallaba de orgullo. Probablemente llegaría a estar en la tapa de *Scientific American* una vez más. Y que Susan lo viera como alguien fascinante era la cereza del postre. Volvió a mirar el reloj y saltó de su asiento–. ¡Son las 2:15! ¡Llego tarde!

–¿Necesitas ayuda?

Lyle frunció el ceño. Su boca medio abierta, esperando que salieran palabras que jamás se dijeron. Claro que quería que lo acompañara, quería que fuera con él a absolutamente todos lados, pero no se suponía que quisiera eso.

–Yo...

No supo qué decir.

Susan señaló la computadora.

–Ya terminé con los colores de labial que me habías pedido.

Lyle la miró por un momento, intentando no pensar en los labios de Susan. Luego, se dio vuelta para recoger sus muestras.

–Claro. Encárgate de las fotos.

Susan levantó las bandejas y las espátulas y se dirigió alegre hacia el pasillo. Lyle la siguió varios pasos más atrás. *Kerry mira muchachas hermosas todos los días*, pensó Lyle. *Con todas esas sesiones de fotos y comerciales y quién sabe qué más. Se le paga para que mire mujeres hermosas. ¿Está tan mal que yo quiera mirarla solo a ella? ¡Una muchacha que viste una bata de laboratorio, por el amor de Dios! No es que camina por ahí en traje de baño todo el día.*

*Ah, Susan en traje de baño todo el día...*

–¡Doctor Fontanelle! –Lyle debió sacudirse los pensamientos de la cabeza. No se había dado cuenta de que ya había pasado por la puerta en la que se suponía debía entrar. Sonrió, nervioso, preguntándose si Susan habría adivinado en qué había estado pensando, pero Susan se veía tan animada como siempre. Ingresó en la sala y les sonrió a los seis hombres sentados del otro lado de la larga y angosta mesa. Recursos Humanos se la había ingeniado para conseguir un grupo de voluntarios externos con diferentes tipos de piel: un asiático, un latino, y cuatro caucásicos, uno de ellos pelirrojo y piel clara, y otro corpulento y de piel grasa. Este estudio estaba destinado a arrojar buenos resultados.

–Lo siento mucho –dijo Lyle–. Me distraje con más trabajo. Asumo que ya todos han leído el paquete y han firmado los formularios de consentimiento, ¿verdad?

–Nos van a pagar por esto, ¿verdad? –preguntó uno de los sujetos, un hombre alto y extremadamente delgado de cabello oscuro.

–Naturalmente –respondió Lyle, recogiendo los papeles que le iban ofreciendo y revisando que todos los formularios hubieran sido completados en su totalidad y también firmados. Susan lo seguía detrás, colocando una pequeña bandeja de poliestireno y su correspondiente espátula de plástico frente a cada uno de los hombres.

–Muy bien –contestó el hombre alto; Lyle vio en su documentación que su nombre era Ronald–, porque es solo por eso que estoy aquí. Para que me paguen –parecía nervioso, y Lyle se rio en silencio. Los sujetos que participaban de estos testeos solían ponerse bastante nerviosos.

–Bien –dijo Lyle, mirando al grupo–. Me complace decir que el producto con el que estaremos trabajando hoy ya está en una de sus fases finales de elaboración y pronto estará listo para pasar a la etapa de producción. Esto, caballeros, quiere decir que su piel está en muy buenas manos. De hecho, creemos que se sentirán gratamente sorprendidos. Ahora bien, todos han recibido una bandeja y una espátula. Ahora les daremos... ¿Susan?

Susan estaba al final de la hilera de hombres, esparciendo la loción en el dorso de la mano de uno de los sujetos. Un sujeto bastante buenmozo, notó Lyle con cierta irritación. El hombre miró a Lyle, luego miró a Susan y le dedicó exactamente el tipo de sonrisa encantadora que Lyle había intentado regalarle hacía un rato y que le confirmó a Lyle que la suya definitivamente había sido un fracaso. Los dientes de aquel hombre eran más perfectos que los de algunos de los modelos que la empresa había usado para los comerciales de blanqueamiento de dientes.

–¿Nos darán una Susan? –preguntó el hombre, con una sonrisa diabólica y encantadora al mismo tiempo. Susan también le sonrió–. De haberlo sabido, habría firmado esos papeles semanas atrás.

–Susan –murmuró Lyle, acercándose–, no podemos tocarlos. Para eso son las espátulas.

–A él no le molesta –dijo Susan, y le dedicó al hombre su sonrisa perfecta.

Lyle revoleó los ojos. *¡Está coqueteando con él!*

–No, no me molesta para nada –dijo el hombre, también sonriendo.

Lyle se esforzó en reprimir un gemido.

–No –dijo secamente–. Lo que quiero decir es que es ilegal. Si no eres una cosmetóloga con licencia, no estás autorizada a tocar el rostro de ninguna otra persona, y las manos son... esencialmente la misma cosa... Así que ya sabes –y la alejó suavemente–. No tocaremos a nadie, en ninguna parte del cuerpo. Solo para estar seguros.

Susan lo miró desconcertada.

–Dales a todos un poco de la loción –dijo Lyle, señalando a los otros hombres–. Apenas un chorrillo de la botella, directo a la bandeja –Susan le dedicó un saludo como el de un soldado a su capitán, y Lyle no pudo evitar fruncir el ceño–. Ahora, caballeros: usen la espátula o sus dedos... Ustedes sí pueden tocar sus propios rostros sin la necesidad de una licencia... Y esparzan un poco de loción en los brazos o en el rostro... Tal vez en algún punto donde sepan que tienen alguna línea o arruga –los observó mientras manipulaban y olían la loción y lentamente comenzaban a probarla sobre la piel–. Tengan cuidado con los ojos, por favor. Es completamente segura, pero eso no quiere decir que vaya a sentirse bien en los ojos.

–Queremos ver qué sucede con el transcurso del tiempo –dijo Susan–, así que necesitaremos que regresen en tres semanas para que podamos evaluar si ha habido algún tipo de progreso –cuando terminó de distribuir la loción, tomó una cámara fotográfica–. Les estaré tomando las fotos del “antes” para tener evidencia sólida con la cual comparar el estado de su piel cuando regresen.

El hombre que ya estaba nervioso levantó la mirada.

–¿Nos pagarán ahora o cuando hayan finalizado las tres semanas?

–En ambas ocasiones, Ronald –le respondió Lyle–. No se preocupe. Le pagaremos. Solo tengo algunas preguntas antes –Lyle miró el manojito

de papeles y vio que el nombre del hombre buenmozo era Jon Ford—. Señor Ford, comencemos con usted. ¿Alguna vez ha experimentado...? —hizo una pausa cuando vio de qué iba la pregunta—. ¿Alguna vez ha experimentado algún tipo de comezón? ¿Quizás un sarpullido contagioso sobre la piel? ¿Hongos tal vez?

—¿Tengo que responder? —refunfuñó Ford con desagrado.

Lyle sonrió levemente, triunfante.

—Lo siento. Es por la ciencia. Ahora bien, cuéntenos exactamente la naturaleza de su problema.





**03**

**Lunes, 26 de marzo**

**3:31 P.M.**

MIDTOWN MANHATTAN

**263 DÍAS PARA EL FIN DEL MUNDO**

Ronald Lynch estaba esperando junto a los elevadores de servicio de otro edificio de oficinas, solo a unas pocas calles del edificio de New-Yew. Llevaba trabajando en este mismo lugar varios años, pero jamás había ingresado por las puertas principales. El espionaje corporativo tenía esas cosas.

Sonó un timbre anunciando la llegada del elevador. Las puertas se abrieron, revelando a un hombre fornido en un traje desproporcionado que se apoyaba tranquilo contra el fondo de la caja del elevador. No se movió, pero levantó un solo dedo y así le indicó a Ronald que se le sumara. Ronald así lo hizo, y el hombre asintió con la cabeza.

–Piso diecisiete –dijo el hombre. Ronald presionó el número 17, y las puertas se cerraron–. Soy Abraham Decker –dijo el hombre, y le ofreció su mano regordeta–. Jefe del Departamento Científico. No

nos hemos conocido jamás, pero he leído sus informes. Muy buen trabajo.

–Acabo de regresar de las pruebas del producto –anunció Ronald–. No me dejaron tomar una muestra, pero...

–¿Acaba de llegar, dice? –preguntó Decker.

–Bueno... No, deambulé un poco por ahí antes de regresar –dijo Ronald–. Tranquilo. Nadie me siguió hasta aquí.

–No creo que aún hayan comprendido lo que tienen –dijo Decker–. Necesitamos ser extremadamente precavidos con esto.

–Parecía una prueba de producto bastante estándar.

–Es una tecnología muy nueva –siguió Decker–. Es tan vanguardista que necesitaremos una nueva legislación solo para ella.

–¿Para un reductor de arrugas?

–Para ingeniería genética –sentenció Decker.

Ronald se miró la mano, un poco asustado. ¿Qué acababa de colocarse en la mano? Pero antes de poder formular cualquier otra pregunta, el elevador volvió a detenerse y las puertas se abrieron. Decker se impulsó y salió caminando tranquilo. Ronald lo siguió de cerca. Luego de un par de pasillos, entraron en una oficina enorme, más grande que el apartamento de Ronald y amueblado como si fuese una mansión. Esta solemnidad fue lo que le dio a Ronald motivos para estar asustado. No le importaba informar sobre las pruebas de productos. Las compañías rivales siempre iban a espiarse las unas a las otras, y Ronald supuso que alguien iría a recibir dinero por participar, así que ¿por qué no él? Le gustaba la idea, de hecho. Pero siempre había tratado con intermediarios... Teléfonos desechables y sobres anónimos con dinero en efectivo... Esta oficina era un nivel de intriga completamente nuevo. Era un lugar para los que aspiraban a

más, un lugar para quienes eran ambiciosos, orgullosos y despiadados. Esta tenía que ser la oficina del CEO.

Ronald de pronto comprendió que esto era mucho más grande de lo que hubiera imaginado.

–Tome asiento –dijo Decker, dejándose caer sobre un sillón junto a la pared e invitándolo a Ronald a que lo acompañara. Unos momentos después, otro hombre ingresó en la oficina. Era alto y rígido, y venía acompañado de dos gigantes de traje cuyas habilidades, adivinó Ronald, poco tenían que ver con el mundo de la cosmética. Se colocaron frente a Ronald y lo observaron unos instantes.

–Ira –dijo Decker–, él es Ronald, uno de nuestros informantes en el programa de prueba de productos.

Ronald se puso de pie para darle la mano, pero el hombre fornido a la derecha de Ira lo empujó de vuelta a su lugar. Ronald tragó, nervioso, e intentó sonreír.

–¿Cómo le va, señor?

–Bienvenido a Ibis Cosmetics –dijo el hombre–. Mi nombre es Ira Brady y soy el CEO en este lugar. ¿Usted es el hombre que enviamos a NewYew?

–Sí, señor –dijo Ronald–. Al menos por hoy, señor. Están probando un nuevo tipo de loción para manos con algún tipo de componente antiage...

–Estoy al tanto de qué están testeando –dijo Ira–. Lo que no conozco es el interior del edificio. Usted ha estado en una parte de NewYew que ninguno de nosotros ha visitado –comenzó a caminar por la oficina, haciendo grandes gestos con las manos–. ¿A qué piso lo llevaron? ¿Por cuántas puertas pasó para llegar al sitio donde realizaron el testeó? ¿Cuántos giros dio y en qué direcciones? Y lo más importante... –giró

para quedar justo frente a Ronald—. ¿Vio algún laboratorio mientras estuvo allí? ¿Podría decirnos con precisión cómo ubicarlo?

—Usted robará la loción —dijo Ronald.

—Claro que no —respondió Ira—. Eso es ilegal. Pero una tecnología como esa será robada tarde o temprano. Y, por alguna razón que no intento comprender y que va más allá de mi control, sospecho que terminará en mis manos. Ahora, describa el edificio.